

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario partió del convento de de Santa María Churubusco y fue al de Santa Bárbara de la Puebla, de los mismos frailes descalzos”

p. 219-224

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



el virrey otro recado a este propósito al convento de los mismos descalzos de la Puebla de los Ángeles, pero respondió el presidente dél con tanta cordura, que tampoco por aquí negoció nada el virrey, como en los otros dos conventos. Todas éstas eran trazas del provincial, procurando que no tuviese el padre comisario casa ninguna dónde poder estar, y de la misma careciesen los que hacían sus negocios, y a todo acudía al virrey, como queda visto, pero ni el uno ni el otro sacó de todo esto sino confusión y pena, de ver que no salían con sus pretensiones.

[CAPÍTULO CX]

De cómo el padre comisario partió de Santa María Churubusco y fue al de Santa Bárbara de la Puebla, de los mismos frailes descalzos

Estando el padre comisario general en el convento de Santa María Churubusco se hicieron al virrey requerimientos de parte de la Audiencia para que se declarase por auto lo que en acuerdo se había determinado en revista después de la suplicación de la provincia, porque esto pedía el mismo padre comisario por sus agentes con peticiones que presentaban, pero no aprovechó nada; sonóse por este mismo tiempo que el virrey quería proveer otro auto para que por fuerza fuese llevado el padre comisario a Campeche, que es en la provincia de Yucatán, y aun uno de los oidores temía que lo había de hacer, y aconsejaba al dicho padre comisario que se fuese a Michoacán o se ocultase en alguna parte hasta la venida de la flota que esperaban, en la cual se entendía que había de venir resolución de todos aquellos negocios; pero al padre comisario le pareció que no era acertada nada de aquello, y así se estuvo quedo en Churubusco. El virrey, por otra parte, por medio de algunos frailes y otras personas, trató que se fuese el padre comisario a la Puebla de los Ángeles, y que se estuviese allí hasta la venida de la flota, y que si en ella no viniese cosa en contrario de lo que sus peticiones y recados rezaban, que entonces él mismo le metería en la provincia del Santo Evangelio; y decidió esto el virrey porque había enviado a España las informaciones que había hecho contra el padre comisario (como queda dicho atrás), y esperaba que el rey o su Consejo le habían de responder a lo que con ellas escribió. El padre comisario, porque fueron deste parecer los oidores, concedió en ello y escribió una carta al mismo virrey con el sobreescrito a la Audiencia para que la vieses los oidores, en que en sustancia decía, que hasta la llegada de la

flota no entraría en ningún convento de aquella provincia, ni haría su oficio en el foro contencioso con ningún fraile della; leyóse esta carta en Audiencia, y virrey y oidores quedaron satisfechos, y el padre comisario determinó partirse para la Puebla, en cumplimiento de lo que en ella decía; y este camino pasó desta manera:

Miércoles cinco de agosto salió el padre comisario muy de
AGOSTO madrugada de aquel convento, y con él su secretario y otro
1587 religioso que era fray Antonio de Villa Real, el que había
andado en su compañía en todo lo de Michoacán y Xalisco,

y andada una legua pequeña por una calzada hecha a mano, y de una parte y de otra laguna, y en la laguna muchas chinampas, que son milpas de maíz y ají, como las de Xuchimilco, y pasadas en esta legua nueve acequias por otras tantas puentes de madera, por debajo de las cuales pasan las canoas que van a México desde Xuchimilco, Chalco, Ayotzingo y otros pueblos, llegó antes que fuese de día a uno llamado Culhuacán, de indios mexicanos y de aquel arzobispado, en el cual hay un convento de agustinos, de cuya huerta sale un gran golpe de agua que entra en la laguna sobredicha. Pasó de largo por junto al mismo convento, y andada media legua de tierra seca y firme, no lejos de la laguna, pasó por un poblecillo de los mismos indios y arzobispado, llamado San Lorenzo, visita de Culhuacán; y andada otra media legua pasó por otros dos poblezuelos que están cerca el uno del otro, llamados Santa María y Santiago, de los mismos indios y arzobispado, visita de Cuitláuac. Anduvo luego otra legua, la media por tierra firme y la otra media por una calzada hecha a mano en la laguna, en que se pasan tres o cuatro acequias por otras tantas puentes de madera, y llegó a decir misa temprano al mismo pueblo de Cuitláuac, en el cual hay un buen convento de dominicos, donde le dieron de comer y le hicieron mucha caridad. Está aquel pueblo fundado en medio de la laguna, y solía ser grande, pero entonces tenía poca vecindad; el convento está bien edificado de cal y canto, y moraban en él dos religiosos.

El mismo miércoles en la tarde, cinco de agosto, salió el padre comisario de aquel pueblo, y enviado el hato por la laguna en una canoa, fue él por tierra, la vía de Ayotzingo, por una calzada de un cuarto de legua, y en ella cuatro puentes de madera, por debajo de las cuales pasan las canoas que van y vienen a México. Llegado a la tierra firme atravesó por un poblecito llamado Santiago, visita de Xuchimilco, y finalmente, andadas dos leguas largas, en que le visitó el Señor con un aguacero, llegó al dicho pueblo de Ayotzingo, de los mismos indios y arzobispado, puesto sobre la misma laguna; aposentóse en el convento de San Agustín, que

allí está fundado, donde le dieron de cenar y se le hizo mucha fiesta y regalo y caridad.

Jueves de madrugada, seis de agosto, salió el padre comisario de Ayotzingo, y andadas dos leguas de buen camino por algunas cuevas arriba entre llanos, y pasado dos veces un arroyo con que muele un molino allí junto al camino, llegó muy de mañana a decir misa a un bonito pueblo llamado Tenango, o Tepupula, de los mismos indios y arzobispado, donde hay un convento de Santo Domingo; allí le dieron de comer y descansó hasta la tarde y se le hizo mucha caridad. En aquel convento y en el de Ayotzingo y Cuitláhuac, aunque más se excusó el padre comisario, le dieron la cabecera de la mesa como si fuera su prelado, confusión por cierto muy grande de sus súbditos.

Aquel mismo día en la tarde partió el padre comisario de aquel lugar, acompañándole un fraile que vino al efecto del convento de Tlalmanalco, y andada legua y media de buen camino y llano, en que se pasa un arroyo, llegó antes que anocheciese a un pueblo pequeño llamado Ayapango, de los mismos indios y obispado, visita de Tlalmanalco. Había hechos algunos arcos para su recibimiento y salieronle los indios a recibir con música de trompetas, llenos de alegría y contento; diéronle de cenar y hicieronle mucha caridad, y acudieron a verle los principales de Tlalmanalco, los cuales, con grandísimo sentimiento, lloraban de ver lo que pasa entre los frailes y se decía dellos. Son tan devotos los indios de aquel pueblo de nuestros frailes, que con no estar más de legua y media de Tenango, adonde están en lo temporal sujetos, no ha habido remedio que los hagan ir allá a misa, ni que quieran ser visitados de los dominicos de aquel pueblo ni de los de Amecameca, que no están de allí sino media legua, sino que van a Tlalmanalco, con estar más lejos, y antes se venderán para el pleito y se dejarán hacer tajadas que ser visitados de los frailes de otra orden, tal es la devoción y amor que a los nuestros tienen.

Media legua deste pueblo de Ayapango, camino de la Puebla, está un buen pueblo de indios mexicanos de aquel arzobispado, llamado Amecameca, en que entonces había un convento de dominicos; fue aquel pueblo antiguamente visita de nuestro convento de Tlalmanalco, y desde aquel convento solía ir a visitarle el santo fraile Martín de Valencia, uno de los doce primeros frailes que fueron a la Nueva España, y el primer custodio y prelado dellos y de aquella tierra, varón apostólico, de gran espíritu, oración y meditación, y de caridad muy encendida para con Dios y para con los prójimos. Solía este siervo de Dios recogerse a orar y meditar en una cueva que está en un cerro, casi de forma piramidal, al un lado del mismo pueblo de Amecameca, cuarenta o cincuenta estados de lo llano, donde

están las casas formadas de naturaleza en la viva peña, de quince pies de ancho y algo más de largo y menos de alto, a manera de ermita. En esta cueva se guardan el día de hoy, por los religiosos dominicos, algunas reliquias de aquel santo fraile, que son un cilicio de cerdas, una túnica gruesa y áspera, y dos casullas de lienzo de la tierra, con que el siervo de Dios decía misa; tiene hecho a un lado de la cueva un altar en que se dice misa, y al otro lado está una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto, devotísimo, que yace en ella tendido, y a los pies del Cristo se guardan, en una cajuela con una redcilla de hierro, la túnica y cilicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera, y las casullas están a otro lado, sueltas para mostrarse; aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra, hay de continuo indios por guardas en otra cuevezuela allí cerca; tañen a sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monasterio. Todos los viernes sube a celebrar un sacerdote en aquella cueva o ermita, en memoria de la pasión del Señor, y es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, especial en aquel día, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real muy cursado. Cuando se han de mostrar las reliquias sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana y júntase gente, encienden algunos cirios, además de una lámpara de plata que se cuelga de la peña en mitad de la ermita, y cantando los cantores algún motete lamentable en canto de órgano, llega el vicario, vestido de sobrepelliz y estola, abre la caja, y hecha oración al Cristo le incienso y después incienso las reliquias y muéstralas a los circunstantes, todo con tanta devoción que es para alabar al Señor en sus santos. Murió aquel bendito santo el año de treinta y cuatro; fue enterrado en el convento de Tlalmanalco, donde estuvo su cuerpo entero por espacio de más de treinta años, y desde el año de sesenta y siete a esta parte no ha parecido ni se sabe dónde está ni quién lo hurtó; guardaron los indios de Amecameca las reliquias sobredichas con grandísima devoción, pero muy en secreto, por espacio de cincuenta años, muy encubiertas, traspasándolas de mano en mano, sin dar parte dellas ni aun a los mismos frailes de San Francisco, que los tenían entonces a cargo, ni a los de Santo Domingo, que después entraron en aquel pueblo; hasta que el año de ochenta y cuatro las descubrieron al vicario que allí tenían, el cual, por ser muy devoto del santo fray Martín, las colocó y puso en la capilla o cueva sobredicha donde se veneran, como dicho es. Esto parece que basta haber dicho en este lugar cerca del santo fray Martín de Valencia, y de aquella cueva donde él tan a menudo se encerraba y recogía a la oración y meditación y otros ejercicios santos, porque querer escribir su vida

y santidad, su humildad, pobreza, abstinencia, mortificación, desprecio de sí mismo, sus persecuciones, sus revelaciones y finalmente su modo de vivir tan de santo y siervo de Dios, fuera usurpar oficio ajeno y hacerlo muy fuera de propósito. Basta lo dicho, siquiera porque no se diga que pasando por Amecameca no se hizo memoria de una cosa tan notable; pero razón será volver a Ayapango donde quedó el padre comisario.

Viernes siete de agosto salió de aquel pueblo, una hora antes que amaneciese, y caminando por un atajo, y andada media legua pasó por las últimas casas del pueblo sobredicho de Amecameca, y andada otra legua por el mismo atajo, llegó ya de día al paraje de una venta de los religiosos de Santo Domingo que residen en el pueblo sobredicho; luego entró en el camino real, el cual hasta allí es llano, y desde allí comienza a subir el puerto arriba, el cual tiene dos leguas de subida de camino muy empinado en que se pasan tres o cuatro barranquillas por otras tantas puentes de madera. Llegado el padre comisario a lo alto del puerto sintió mucho frío porque vino un agua nieve y niebla que helaba. Pasa el camino por entre la Sierra Nevada y el volcán, pero más cerca de la nieve que del fuego; la bajada deste puerto tiene otras dos leguas, pero son de mejor camino y menos dificultoso, andúvolas el padre comisario con mucho sol y pasó en ellas muchos árboles de capulíes, que son las cerezas de la tierra, que estaban junto al mismo camino lleno de fruta y muy vistosos y agradables y cogían dellos todos los caminantes toda la fruta que querían, porque para todos es; finalmente, llegó muy cansado, casi al medio día, a un bonito pueblo llamado los Ranchos de Arriba, y por otro nombre Santiago, de indios mexicanos, del obispado de Tlaxcalla, de la guardianía de Calpa, cuatro leguas de la venta de Amecameca. Allí en aquel pueblo tiene una venta un español muy devoto de nuestra orden, el cual hizo caridad al padre comisario y suplió la falta que hicieron los indios, por no estar avisados y por estar absentes los principales; detúvose allí todo aquel día y la noche, en la cual llovió tanto que no pensó poder caminar otro día, pero por ser tierra arenisca presto se puso bueno el camino.

Sábado ocho de agosto salió el padre comisario de aquel lugar, muy de mañana, y andada media legua, y pasados en ella dos arroyuelos, llegó antes del día a otro poblecito de los mismos indios, obispado y guardianía, llamados los Ranchos de Abajo, y por otro nombre San Nicolás; pasó de largo, y pasada una barranquilla y en ella un arroyo, y andada legua y media, pasó ya de día por junto a un pueblo llamado San Buenaventura, de los mismos indios, guardianía y obispado; andadas después otras dos leguas en que se pasa otro arroyo por una portezuela de madera, llegó a

la cibdad de Cholula; salióle a recibir una gran media legua el guardián, con otro faile viejo, y llevóle por un lado de la cibdad, por un barrio della llamado San Andrés. Pasó por la puerta del convento nuestro que allí hay, donde estaba el guardián y otro fraile aguardándole; detúvose a hablar con ellos un rato, pero no entró en el convento por poder llegar a la Puebla antes que entrase mucho el sol, y también por cumplir la palabra que había dado al virrey. Prosiguió su viaje y volvió al camino real, donde halló a otro fraile viejo que le estaba aguardando; hablóle y consolóle, y habiéndole despedido y con él los otros dos de Cholula, pasó adelante, y andadas aquellas dos leguas en que se pasan dos arroyos y un río por las tres puentes de piedra que llaman de Cholula, llegó a las diez del día a decir misa a la cibdad de la Puebla de los Ángeles, al convento de los frailes descalzos de nuestra orden llamado Santa Bárbara, donde fue muy bien recibido y se detuvo hasta los veinticuatro de diciembre, que le sacaron por mandado del virrey con la fuerza y violencia que adelante se dirá.

Aquella casita de Santa Bárbara era nuevamente fundada entonces, está puesta a un lado y cerca de la cibdad, a la banda del norte, en muy buen sitio; corre por junto a las paredes, a la banda del oriente, un buen arroyo que viene de hacia el norte, y por la del poniente pasa otro pequeño de mala agua y hediondo, de la cual se mete en el convento toda la que es menester para regar la huerta y para cualquiera otra cosa, como no sea para beber. Este arroyo entra en el otro a la puerta del mesmo convento, en el cual entra encañada una fuente de muy buena agua, la cual se toma de la fuente grande que va a la cibdad, y va a parar a la sacristía; la huerta del convento es buena y grande, tiene muchos membrillos, manzanos, duraznos, higueras y algunos nogales, y danse en ella maravillosos cardos y otras muchas hortalizas; danse muchas y muy buenas flores y yerbas de Castilla, y entre ellas se da cáñamo y gualda traída de España, buena para tinta. Menos de un tiro de piedra de la portería, hay un tejat, y otro pegado a las paredes de la huerta, y como un tiro de arcabuz muchas y muy grandes caleras, y menos de un tiro de ballesta una casa grande, y en ella un molino de dos aceñas, y aun puede haber un batán; moraban en aquella casita cuatro frailes, no halló en ella el padre comisario más de dos o tres celdas en qué poder habitar, y con su trabajo, solicitud y diligencia, en poco tiempo se hicieron y aderezaron doce entre todas, en que pudieron estar los moradores y los huéspedes que acudían. En el tiempo que allí se detuvo el padre comisario, hasta que le prendieron, sucedieron muchas cosas tocantes a aquellos pleitos y negocios, de las cuales se pondrán aquí algunas, las que hacen más al propósito.